

10.-"La Cuaresma, un tiempo para ablandarse"

Aunque nos sentimos abatidos por nuestros pecados,
levantamos nuestros corazones para darte gracias
porque te sabemos Padre misericordioso
que nos abres los brazos ofreciendo perdón.

Nos invitas a empezar este tiempo de cuaresma
como un tiempo de gracia,
como ocasión para el cambio,
como llamada a la conversión.

Reconocemos que la rutina hace costra en nuestra carne,
que nos salen callos en el alma
y el corazón se endurece si se encierra.

Reconocemos nuestra dureza como síntoma de pecado:
nos cerramos a Ti desoyendo tu Palabra,
nos ponemos paraguas a la gracia que nos llueve del cielo,
y corazas para defendernos de nuestros hermanos;
somos duros hasta con nosotros mismos
privándonos de espacios verdes de oración,
del descanso del silencio y la contemplación
y del gusto de lo gratuito y lo afectivo.

Pero hoy, Padre, queremos poner a remojo nuestra dureza
para que esta cuaresma sea un proceso de ablandamiento
y de conversión a la ternura, al amor y al ejemplo de Jesús.

Jesús, que se conmovió ante la muchedumbre hambrienta
y lloró por la muerte de su amigo Lázaro;
que se dejó perfumar por María Magdalena
y se dejó rodear de mujeres y de niños;

El Jesús que se apenó por la traición de los suyos
y tuvo miedo al tormento que le amenazaba
es para nosotros la encarnación del Dios tierno y amoroso.
El Jesús fiel a pesar de la debilidad,
que se dio todo y se nos da en este sacramento
en que celebramos su entrega;

cuando reunido con los suyos,
tomó el pan, lo bendijo y se lo dio diciendo...

Al acabar la cena, tomó el cáliz, te bendijo, y lo pasó diciendo...

El Dios de Israel que es capaz de sacar agua de la roca
es también capaz de hacer manar
una fuente en nuestro corazón de piedra.
Los corazones duros no lloran por nada,
pero Tú tocas nuestro corazón con tu ternura,
nos haces sensibles, nos ablandas
y de los corazones que se ablandan brotan lágrimas de compunción, que se hacen
signos de ternura, de compasión y de solidaridad.

Hoy nos das la gracia de llorar nuestro pecado,
y abrir nuestro corazón a tu amor, dejándonos querer por Ti;
así nos haces capaces de ver lo invisible
que sólo se ve con el corazón;
de oír el clamor de los sin voz,
y descubrirte presente en cada persona que sufre.

Nos das entrañas de misericordia
que nos hacen conmovernos ante el hermano abatido,
llorar con las personas que lloran,
y compartir también ilusiones y alegrías.

Como Jesús curó a sordos y ciegos, a cojos y paralíticos,
esperamos que cures nuestra sordera interesada,
que nos hace no oír lo que no nos conviene;
nuestra ceguera egoísta
por la que lo nuestro nos tapa lo ajeno.
Que Jesús nos cure la parálisis que nos inmoviliza
para no movernos por los demás.

Que nos transplante un corazón nuevo por el nuestro envejecido,
un corazón grande por el nuestro tan raquítico,
un corazón valiente por el nuestro tan encogido,
un corazón tierno, sensible a los sentimientos.

Así podremos amar intensamente,
esperar pacientemente,

compartir sinceramente,
y celebrar gozosamente la fiesta de tu Pascua
como tierna madurez de esta cuaresma ablandada
por tu amor y nuestra más sincera conversión.